

—“Oye, taita,” dice Elisa á este último: “no has leido el Comercio? Si supieras qué divertido está!”

—“Si? ¿pues qué trae?”

—“Una porción de cosas que me han hecho reír. Mira: aquí hay un rasgo (1) de A.... en que dice tales liuras (2) á aquel B.... que le debe tres mil pesos, y...”

—“A ver, niña,” dice á su vez la mamá, “léelo.”

—“Si, sí, que deseo oírlo,” añade con fervor el papá.

Y la niña lee en efecto el tal comunicado, escrito en un lenguaje asaz descomedido, y procaz, y virulento; pero así y todo, la mamá y el papá celebran unánimemente el desenfadado del articulista, y se ríen á todo trazo de sus liuras. Luego se procede á la lectura de otros varios artículos de crónica escandalosa, único jugo de aquel malhadado diario; y así pasa la amable familia una hora larga, como si fuese un minuto, hasta que viene una Chola (3) á avisarles que es ya tiempo de almorzar. Tráslan pues la escena al comedor, y allí les dejaremos satisfacer á sus anchas las exigencias del estómago.

Después del almuerzo, se entretiene Elisa en tocar en el piano tal ó cual wals de Straus, tal ó cual fragmento de ópera; luego dedica media hora á escoger el vestido y demás aditamentos con que se ha de engalanar aquel día; una hora á consultar con su espejo cuál es el jénero de peinado que mejor le cae, y por último, tarda otra media hora en quedar completamente vestida y atildada y rozagante como unas flores. Entonces pasa á la cuadro, que-remos decir á la sala de recibir, en donde permanece hasta la hora de comer, ya leyendo una novela de Dumas, ya entregada á otra ocupacion analoga.

Peró es domingo. La tarde convida á pasear: Elisa está de excelente humor y se le pone en las mientes salir á publicar sus extractivos; ¿de qué modo? Cubierta con la saya y el manto. Comunica á su mamá la feliz idea; y la buena señora que delira con los recuerdos de otros dias mas felices, la aprueba sin vacilar, y se decide á acompañarla.

Llegan las cinco de la tarde; y dos elegantes Tapadas se deslizan majestuosamente por la calle de Mercaderes, como si dijéramos por el Broadway de Lima. Ricas son las sayas que visten ambas, y los mantos son no menos ricos. Una de ellas es, á no dudarlo, jóven y hermosa, si liemos de juzgar por la delicadeza de sus formas y la transparente cutis del obúrneo brazo con que acaricia su manto. La otra, bien que esbelta y agraciada tambien, revela á tiro de arcabuz que hace algunos años mas que habita en este valle de lágrimas. Ya las conocerá el lector. Estas dos Tapadas no son otras que Elisa y su complaciente mamá.

Y no dejaremos de observar que Elisa está realmente encantadora. ¿Qué talle! ¿qué brazo! ¿qué mano! ¿qué piel... Y sobre todo, aquel ojo incomparable, que pestañea bajo una arqueada ceja de terciopelo, lanzando relámpagos de expresion fascinadora... Oh! esa no se describe. Aquel ojo es un sol de Julio, que deslumbra la vista, y calienta el corazón. Cada mirada de aquel ojo, arranca un suspiro involuntario: cada paso de aquel pie en miniatura, haria perder la cabeza al hombre mas sereno.

Ya ganaron el Portal de Escribanos. A favor de su misterioso traje, abrense paso por entre la multitud de jente que por allí transita á la sazón, ya codeando suavemente á este, ya empujando cariñosamente á aquel, y disparando por añadidura uno que otro epigrama contra los que andan tardos en separarse. Ya tomaron posesion de la calle de Palacio, así llamada por cierto edificio de arquitectura problemática, que á ella mira, y que lleva el nombre de Palacio del Presidente; ya principian á cruzar el puente bajo el cual va caracoleando entre guijas y verdura, el túbulo Rimac, que es un río cuyo mezuquino caudal no corresponde en verdad por aquel paraje al bronco ruido que produce en su curso.

Una turba de pinganillas (petimetres) se encuentra formada en batalla á lo largo de ambos pretilos del puente, con el loable fin de ver pasar á las jóvenes que se dirijen á la Alameda del Ache. Uno de ellos percibe á nuestra Elisa, y saltándole al encuentro, le regala este almirado apóstrofo:

—“Dime: ¿por qué dejas ver el sol, si has de llevar el cielo cubierto con la nube de tu manto?”

—“¿Guá! (4) ¿qué liura!” contesta Elisa en tono zumbon; “¿para qué quiere ver el cielo un cándido (5) como tú?”

—“Para admirarlo, vida mia; para... para...”

—“Niño, no te atragantes, por Dios. Mira que será lástima que se malogre quien tiene tan espedita la lengua.”

—“Gracias, por el requiebro.”

—“Eso y mucho mas mereces, hijo mio.”

—“¿Hijo? ¿Quién pudiera tener una madre tan interesante como tú!...”

—“Cómo no! Pues no dejaria de ser feliz cualquiera madre con un hijo de tu estampa!... Ja, ja!...”

—“Si, por cierto. ¿Qué liura!” dice á su vez la mamá.

Y nuestras Tapadas pasan de largo, dejando al pobre manco con un palmo de narices.

—“Rh! niña, escúcha,” dice á Elisa otro pisaverde que se le encara mas adelante. “¿Sabes que tienes un cuerpo que vale un tesoro?”

—“¿Sabes que no necesito que tú me lo digas?”

—“Zape!... Como que me parece toda una sevillana!”

—“Como tú me parece todo un chapeton (6) (6)!”

—“¿Qué linda! Bien te conozco.”

—“Tal vez. ¿Eres tan perspica?...”

—“¿Quieres que te diga tu nombre?”

—“Es inútil: yo lo sé mejor que tú.”

—“Pues te lo voy á decir.”

—“Pues yo no quiero oírlo.”

—“Vamos, niña, que ya me marca esta pinganilla.”

(1) Comunicado.  
(2) Liura, agudeza, chiste.  
(3) Chola, india.  
(4) Guá, interjaccion admirativa, muy usada en Lima.  
(5) Cándido, en este caso, es sinónimo de simple.  
(6) Chapeton, español.

murmura la mamá, alarmada con la amenaza de aquella revelacion.

—“Si, vámonos. Conque adios,” añade Elisa en tono mas afectuoso, para desarmar á un indiscreto interlocutor. Porque, aquí para entre nosotros, la limeña posee un tacto especial para semejantes casos.

—“No, no te irás sin que te diga...” Y en esto se detuvo el jóven; porque se encontró de repente solo. Elisa y su madre habian desaparecido.

Volvamos á buscarlas en la Alameda del Ache. Pero ¿quién será capaz de reconocerlas en medio de la muchedumbre de Tapadas que inunda á tales horas aquel agradable paseo?—Imposible. El uniforme de estas buenas criaturas las hace parecer enteramente extrañas aun á los ojos de sus mismas familias. Como si fuésemos á bucar una rama en un bosque, ó una concha en una playa!

Menos temible seria para alguno arrostrar un fuego granado de fusileria, que sufrir las picantes y á menudo venenosas liuras de las Tapadas que en ciertos dias clásicos sientan sus reales en la alameda á que nos referimos. Y luego vaya usted á contestarles, ó cometa usted la indiscrecion de enfurruñarse. ¿Dios nos libre! No tardaria usted en ser la fábula de Lima. El manto que oculta la cara de una limeña, es una autorizacion legal para dar de mano á ciertos escrúpulos; así como le sirve de talisman contra las demasías del prójimo. ¿Ay de aquel que osase descorrer un manto contra la voluntad de su dueña!...

Recorramos, sin embargo, la misteriosa falange. ¿Cuántas miradas escrutadoras, cuántos murmullos á coro, cuántos obligados de risas y chanzonetas y sátiras llueven sobre nosotros!... No importa; sigamos adelante, hasta dar con nuestras consabidas Tapadas.

Hélas aquí, si mucho no nos equivocamos. Sí; ellas son. Estan sentadas en un banco, y abruman con todo jénero de liuras á un hombre que han tomado por su cuenta. ¿Y á qué no sabe el lector quién es ese hombre?—Nada mas que el papá de la una y el consorte de la otra; y lo mas gracioso está en que él lo ignora absolutamente. No conoce ni á su mujer ni á su hija, tan bien representan ambas su respectivo papel. Y esto se explica del modo mas facil: el arte dramático es un don innato en las limeñas.

Después de haberse reido á todo su talento de la feliz torpeza del buen señor, Elisa y su mamá se levantan, y le dejan con la palabra en la boca; sin revelarle, por supuesto, el secreto importante de sus nombres. Como que en eso consiste precisamente lo mas lioso de aquella inocente broma!...

Seguir paso á paso nuestras Tapadas, contar todas sus travesuras, sacar á plaza todas sus conversaciones, seris escribir mas que un artículo de periódico; seria escribir una novela. Dejémoslas pues solazarse libremente al abrigo protector de la saya y el manto, y soltemos ya nuestra pluma, que no acertó á describir sino á medias la figura orijinal, esencialmente orijinal de una Tapada.—DOCTOR JOVIAL. (La Crónica.)

### CASCADA DEL NIAGARA en el invierno.

El invierno, que por su propio influjo entristece la faz universal de la naturaleza, parece como que ejerce su poder sobre la catarata de Niágara, únicamente para revestirla con la pompa mas brillante y fantástica.

En medio de aquellos hermosos dias en que de vez en cuando se aviva la opscidad del invierno, iluminada la catarata con los rayos del sol en su altura meridiana, muestra á la vista y á la fantasia del que la contempla, una de las mas raras y quizás una de las escenas mas llenas de magnificencia que pueden aparecer sobre la tierra. Los árboles, los arbustos, las rocas, las crestas culminantes de los peñascos, los combates de las aguas en la rapidez de la corriente, en fin, todo cuanto hiera la imaginacion en el verano, desaparece en esta estacion y da lugar, á que se produzcan otros objetos de forma y colores enteramente diversos, que pueden considerarse como una creacion nueva. Los vapores que se exhalan de la catarata, conducidos por los vientos á distancias considerables, se adhieren por el rigor del frio á todas estas superficies, cubriéndolas con capas de blancura resplandeciente, con cristalizaciones y formas elegantemente esculpidas y con carámbanos helados, cuyas innumerables y caprichosas agregaciones se parecen á esos dorados ensueños, en que la vida, la juventud y la felicidad hacen que se reproduzcan en la mente del observador aquellas construcciones góticas, aquellas hileras de columnas dispuestas con sujecion á las leyes de una perspectiva aérea, aquellos castillos antiguos, grutas, ruinas, macizas fábricas, agrupadas y formadas con maravillosa habilidad y precision.

Los costados de los peñascos, tan lúgubres y oscuros en el verano, adornados ahora con carámbanos entretrojidos de una brillantez incomparable, y aquellos árboles que cubren sus cimas, aparecen convertidos en otros tantos obeliscos diáfanos.

Las empujes y oleadas de la corriente se asemejan á unos pedestales en que descansan moles de alabastro, que por su natural configuracion, variedad sorprendente de formas, y el desmesurado tamaño de las aves que allí cruzan, se diria que el cincel de algun hábil escultor las habia producido en estatuas gigantescas. Los fragmentos peñascosos que ciñen la vasta circunferencia del golfo, aparecen ahora como una inmensa zona, de hielo formada por la aspersión de las aguas que por la intensidad del frio se

detienen y se consolidan constantemente. Aquí se ven esfélicas y estalagmitas de cuarenta pies de elevacion; allí columnas estrías ó truncadas; algo mas lejos pirámides, caríatidas, bustos y todos cuantos objetos magníficos puede crear el poder de una imaginacion exuberante. Todos los árboles y arbustos que crecen entre aquellas rocas ó en las escarpadas paredes de los peñascos, tales como los añosos cedros, viejas y enmohecidas cicutas, ancianos alerces y gigantescos pinos, se ven allí hermosamente cristalizados, añadiendo infinito esplendor á esta paamosa escena hiperbórea. Frecuentemente tambien, cediendo á la presion, estos odoruos macizos desaparecen y ruedan al fondo de la catarata.

La isla que se halla intermedia, lozana y verde durante el verano, oatea ahora, como todo cuanto la circunda, una forma completamente diversa.

Los troncos, las ramas y las copas de los árboles de que se halla cubierta, arbustos, el musgo, en una palabra, el mismo suelo, todo cambia de aspecto. Embellecida, merced al vigor de la estacion, con florecientes conjetaciones igualmente variadas, tanto en su apariencia como en el tamaño, parecen aquellos árboles altas pirámides, cuyas blancas y resplandecientes cabezas, hacen un contraste maravilloso con los espacios azules del cielo.

De los extremos de sus ramajes cuelgan radiantes guirnaldas y diamantes resplandecientes, y si al contemplar tan seductora perspectiva se mecen estas mismas ramas por el suave impulso de las brisas, aparece el cuadro lleno de una magnificencia mágica; pero si estos festones admirables se deshacen por su propia gravedad ó por la violencia de los vientos, vuelven entonces al rededor en pequeños y numerosos fragmentos, retribuyendo el disgusto que por su desaparicion se experimenta, con las pintorescas imágenes y prismas resplandecientes que ocasiona su caída.

Este espectáculo es único en el universo. Seria difícil encontrar un objeto en la naturaleza para poder hacer una comparacion con esta isla radiante con su propia gloria, con su luz y con su transparencia. Algunas veces reproduce en la memoria del observador que la contempla, aquellas hermosas creaciones de la imaginacion ardiente de los árabes: aquellos castillos encantados, construidos por ingeniosas hadas, ó sujere al pensamiento la mansion solitaria de alguna divinidad que por huir de los homenajes importunos de los mortales, ha escogido por su retiro la miama orilla de este precipicio formidable, para vivir inaccesible á ellos.

Finalmente, aquí se vigoriza la fantasia del hombre con un poder casi creador, y se remonta con atrevido vuelo por entre la méjia de tan nuevos objetos, adornándolos con el colorido mas brillante. JOSE M. PARTIDGE. (La Crónica.)

### PUERTO-RICO 14 DE FEBRERO DE 1850.

RELACION de las multas que han impuesto varios Alcaldes, Corregidores y Tenientes á guerra en el mes de Noviembre próximo pasado por las causas que á continuación se expresan.

	Pa.	Rs.
<i>Río-grande.</i>		
D. Juan Gregorio Gomez, por una res suelta.....	1	0
D. Juan Vicente Figueras, por idem idem.....	1	0
D. José Manuel Castro, por idem idem.....	1	0
Baldomero Millan, por dos idem idem.....	2	0
D. Luis Castro, por una idem idem.....	1	0
<i>Isabela.</i>		
Hilario Lopez y Juan Vega, vecinos de la Moca, por encontrarse en este pueblo sin licencia, se le impusieron cuatro pesos de multa á cada uno, que pagaron en arresto.		
Juan Ramon, esclavo de D. Luis Maisouave, por igual falta que el anterior.....	4	0
Matias, esclavo de D <sup>a</sup> Rosalia Perez, por igual falta que el anterior.....	4	0
D. Manuel Gutierrez, por una bestia suelta.....	1	0
Felipe Roman, por un toro idem.....	1	0
<i>Morovis.</i>		
Raimundo Collazo, por una yegua suelta.....	1	0
Estévan de Jesus, por una vaca idem.....	1	0
Juan Manuel Laureano, por una res idem.....	1	0
Pedro Marrero, por 1 cerda y 1 cerdillo idem.	1	4
<i>Barros.</i>		
Gregorio Gonzalez, por consentir juego prohibido en su casa y ser insolvente, sufrió diez dias de cárcel.		
D. Zenon Luna, José María de Santiago y Vicente Melendez, por encontrarse en el juego y ser insolventes, sufrieron cuatro dias de cárcel cada uno.		
<i>Cabo-rojo.</i>		
D. Casimiro Silva, por dos bestias sueltas.....	2	0
D. Facundo Rivers, por una yegua idem.....	1	0
D. Bartolomé Bran, por una vaca idem.....	1	0
José Hostos, por no haber concurrido á la patrulla.....	1	0
D. Vicente Padilla, por un buey suelto.....	1	0
<i>Cajon.</i>		
D. Isidro Vazquez, por haber comprado una ter-		